

¿LA UNION, YA?

“Hoy o jamás. Sólo que si, en este momento difícilísimo y crucial para el cristianismo dividido, las iglesias no llegan a fusionarse, la tan soñada unión no se conseguirá jamás”. Así condensa su crónica de París un pandemónico sabelotodo en uno de los órganos de opinión más serios de nuestro medio. (El Universal, 14-1-1961) Y hace esa gruesa y tajante afirmación de sabor profético, tras una crónica de enciclopédico sancocherismo en la que ha rebasado múltiplemente el punto de cosas que apenas entiende. ¿Hasta cuándo la omnisciencia periodística se va a dedicar a decirlo todo sin apenas ser capaz de peinar la superficie de lo hondo? Y desde la cátedra de su alto saber sugiere el fablistán “que en la batalla que se prepara habrá que declinar la victoria conseguida en el Concilio de Trento”. Acaba, sin embargo, con acierto su reseña revisteril: “Esto será la más dolorosa y más gigantesca de las batallas del cristianismo, de manera que en la conciencia de todos debe estar anclada la voluntad de ganarla”. En efecto. En todos debe anclar esta firme voluntad de unión para cuando llegue la hora del milagro. Viejas llagas no se cicatrizan con repentino curanderismo. Y para construir bien hay que hacerlo despacio. Un misionero de Africa ha hablado rudamente del “monstruo cristiano de múltiples cabezas” que se presenta enigmático a los nuevos conversos del continente negro. ¿Cómo acabar, dice él, con el escándalo católico-protestante? Gracias a Dios, y por obra del Espíritu, las aguas han comenzado a hervir sordamente, y un fuerte viento unionista del Norte y del Sur, del Este y del Oeste nos trae su mensaje de esperanza. Y su rumor se ha hecho más ruidoso en estos días de la Semana de oración por la Unidad cristiana (18 al 25 de enero), en los que el grito babélico, de angustia, de los hijos dispersos ha tenido que atravesar el corazón del Padre común. La unión dice Danielou, no va a venir de los encuentros, o de las Asambleas o Congresos, sino que se relaciona con esas profundas evoluciones interiores que llevan a modificar las posiciones de los problemas, a suscitar puntos de contacto imprevistos y que se desvanezcan las oposiciones.

Taizé o unirse para que el Mundo crea

Las agencias de prensa internacional destacaron la visita del pastor francés Roger Schutz, superior de la Comunidad de hermanos protestantes de Taizé, a Roma, y su cordial entrevista con el Papa Juan XXIII. ¿Qué es Taizé, y quién el pastor Schutz? Taizé es una pequeña aldea de Francia, no muy distante del viejo monasterio de Cluny, cuna de la maravillosa renovación monástica cluniacense. Allí en un

viejo monasterio que les ha cedido generosamente la Iglesia Católica se ha reunido un grupo de hombres de distintas confesiones protestantes. Han ofrendado de manera definitiva su castidad a Dios; viven en comunidad, y bajo una autoridad religiosa. El ejemplo de Taizé está marcando profunda huella, sobre todo en el mundo protestante. Pero lo más característico de Taizé es su vocación unionista, el ser en el mundo confuso del protestantismo un adelantado de la unión de las Iglesias cristianas. Su regla es explícita: “No tengas jamás parte en el escándalo de la separación de los cristianos, confesando todos tan fácilmente el amor del prójimo, pero quedando divididos. Ten la pasión de la unidad del Cuerpo de Cristo”. Una magnífica muestra de la apertura ecuménica de Taizé es el estudio que uno de sus más distinguidos miembros ha escrito sobre la Eucaristía. (1)

Nos bastará citar algunas de sus líneas finales, impregnadas de esa benevolencia en el pensar y en el sentir, tan necesarias para la mutua comprensión. “Este libro aparece en el año jubilar del primer sínodo de la Iglesia Reformada de Francia, en 1959. Ha querido ser una investigación bíblica, en la línea de la teología de la Reforma, abierta lo más posible a la esperanza ecuménica. Ojalá puedan las iglesias nacidas de la Reforma, empujadas por una sed nueva de la verdad en la caridad y la unidad, caminar cada vez más resueltamente en esta vía ecuménica que no excluye ninguna iglesia, a ningún cristiano. La santa cena es el sacramento de la unidad. Cuanto más profundicemos en este misterio de Cristo con nosotros, más desearemos esta eucaristía en la que un día, reencontrada la unidad, comulgaremos todos del mismo pan, en el mismo cáliz. Entonces estaremos preparados para la Pascua nueva del reino de Dios. Este libro estaba en prensa, cuando el Papa Juan XXIII anunció, el 25 de enero de 1959, la convocación de un Concilio ecuménico para la unidad de los cristianos. El agradecimiento y la esperanza han llenado el corazón de los cristianos que esperan ardientemente la unidad... La preparación de un Concilio ecuménico, la preparación de la unidad de los cristianos, exige de todos una oración más ferviente para que caigan por tierra los prejuicios, se disipen los malentendidos, y se reabsorban las divisiones en una caridad generosa y dispuesta a verdaderos sacrificios”... En este generoso y amplio espíritu de búsqueda de la unidad en la verdad y caridad ha escrito el prior de Taizé su bello libro, altamente encomiado por el Cardenal Gerlier, “Vivir el hoy de Dios”. (2) Las generaciones venideras soportarán cada vez más difícilmente, dice Schutz, la contradicción de la división de los cristianos en diversas confesiones. No tolerarán

(1) Max Thurian. L'Eucharistie. Neuchatel, Delachaux et Niestlé, 1959.

(2) Roger Schutz.—Vivre l'aujourd'hui de Dieu. Presses de Taizé, 1959.

que se pierda tanta energía en legitimar posiciones confesionales mientras por el crecimiento vertiginoso de la población, los hombres que no conocen a Dios aumentan de día en día... No nos damos cuenta que el mundo tiene perfecto derecho a reirse de nosotros, que tan fácilmente confesamos a un Dios de amor, despreciándonos los que llevamos el nombre de Cristo unos a otros? Y traduce certeramente el espíritu de la "plegaria universal" del P. Couturier: "Por de pronto, si buscamos esta unidad visible de los cristianos, es por pura obediencia a la voluntad de Cristo inscrita en su última oración: que sean uno, para que el mundo crea. Sólo en este espíritu, es posible buscar las condiciones de un verdadero ecumenismo, que incluye purificación de una parte y otra, en un común amor de Jesucristo".

Reforma en la Iglesia, no reforma de la Iglesia

¿La unidad cristiana será obra de hábil manobrerismo humano, o de un milagro del Señor? Para muchos, si cede el Vaticano, llegará el ansiado día de la unión. Para otros es cuestión de una fusión entre las diversas confesiones cristianas, una especie de panteón multiconfesional. Algunos de los líderes ecumenicistas sueñan con aquella misteriosa catedral en la que se simultanearán la cena calvinista y la misa católica, en el Tedeum polifónico que, partiendo de voces disímiles, llegará al Señor como un rotundo amén unitario. El canónigo Cristiani ha definido la posición católica en términos netos: "Nosotros creemos que ya existe la unidad querida por Cristo, que no ha dejado de existir, y ello en el seno de la Iglesia. Hay entre nosotros unidad íntima, total, indefectible, unidad en la fe, unidad en la disciplina, unidad en la Jerarquía, en la comunión de los santos. Nosotros no deseamos nada más ardientemente que la reunión de las Iglesias, pero es imposible que la Iglesia Católica se muestre infiel a su misión renunciando a la Unidad suya para negociar las condiciones de una falsa unidad, en cuyo seno cada iglesia seguirá siendo lo que es"

Pero si la Iglesia católica, y sobre todo bajo su forma "latina", no puede traicionar su depósito en aras de un compromiso, sí que puede y debe despojarse de ciertas superestructuras advenedizas, para que aparezca su auténtica estructura y sea la "luz en la montaña". El P. G. Tavard, asuncionista francés y miembro del Secretariado Internacional para los hermanos separados, contesta así a la pregunta que se le ha formulado de si la Iglesia católica actual está preparada para presidir la reunión de los cristianos separados.

"Nuestra centralización administrativa, nuestra rigidez escolástica, nuestro aparato litúrgico —que deja tan poco sitio a la imaginación personal—, nuestra misma unidad, simbolizada por un lenguaje litúrgico no en moda, que no tiene

la universalidad que tuvo antes, no pueden constituir el mejor estímulo para comprender en un esfuerzo renovado la constitución apostólica de la Iglesia, las implicaciones teológicas del Evangelio, las implicaciones teológicas de la riqueza espiritual de la vida sacramental, o la rica variedad de la unidad católica". No se trata, precisa después, de una "reforma de la Iglesia, sino de una reforma en la Iglesia. La reforma de la Iglesia es tan absurda como la reforma de Cristo o la reforma de la revelación".

El SI y el NO del Doctor Skydsgaard

Es el doctor Skydsgaard un prominente teólogo danés, profesor en la universidad de Copenhague, uno de los portavoces más significados del luteranismo danés. Hace unos años escribió un pequeño libro que tituló "Sí y No", mostrando en él los puntos de similitud y disimilitud entre la Iglesia luterana y la católica. Muchos son los puntos, y fundamentales, en que su sí a la Iglesia católica es categórico. Entre otros, nuestra comunidad de fe en un sólo Salvador tal como se expresa en la Escritura, en los mismos sacramentos que Cristo instituyó, en la presencia real de Cristo en la Eucaristía (dejamos a un lado el distinto modo de presencia) ... En otros puntos el "no" luterano sigue siendo también categórico: Una jerarquía visible de la Iglesia encabezada por un jefe infalible, y el progresivo desarrollo de la doctrina católica por dogmas nuevos... Según él se debe continuar en el esfuerzo de entenderse y de examinar en mutuo estudio los problemas que plantea la unidad de la Iglesia, y el contenido de la fe, so pena de caer en el estancamiento y perder católicos y protestantes su dinamismo religioso. Hay un puente de aproximación entre el luteranismo y el catolicismo, como lo demuestra el folleto en que el P. Klinkhamer resume las conferencias del P. H. Schutte "Para el retorno a la Unidad de la Fe" (Um die Wieder Vereinigung im Glauben). En él se subraya todo lo que positivamente tienen de común la Iglesia Evangélica Luterana y la Católica, y se silencia, con evidente excesivo optimismo, las mutuas diferencias. El libro tuvo una resonancia enorme en el mundo luterano, tal que los profesores de la Academia Luterana de Westfalia, preguntan el 30 de mayo, entre otras cosas, en carta abierta a la Iglesia Católica: "Preguntamos a la Iglesia Católica Romana si aprueba las intenciones y el contenido del resumen que del libro del señor Schutte ha publicado el señor Klinkhammer, en el sentido de que la exposición doctrinal que en él se hace corresponde al pensamiento de la Iglesia Católica, y si ésta estaría dispuesta a establecer un diálogo encaminado a conseguir la unión de los cristianos, sobre esta base y en este sentido". Mons. Lorenzo Jaeger, presidente de la Comisión Episcopal para las relaciones con los no católicos, contestó que, el libro en cuestión tiene el mérito de demostrar que muchos

malentendidos han desaparecido y que hay una magnífica base doctrinal común para fundamentar en ella la esperanza de que un día llegaremos a la unión, que será el resultado de la acción del Espíritu Santo más que de nuestros esfuerzos. El *imprimatur* del libro de Schutte y su resumen sólo significa que en ellos no hay nada contrario a la doctrina de la Iglesia en la fe y buenas costumbres. El libro es una invitación, no una base para el diálogo, debido a su imprecisión doctrinal. Única base para los mutuos contactos es, de parte de la Iglesia, el conjunto de la doctrina del Magisterio de la Iglesia, que es público y universal, y tiene por fundamento la Sagrada Escritura y la Tradición. En parecidos términos, (3) matizando aún más la respuesta contestó el cardenal Bea.

Obstáculos para la Unión

El Emmo. Cardenal Bea, presidente del secretariado del Concilio para la Unión de los cristianos, ha expuesto en magistral y denso artículo los principales obstáculos para la suspirada unión. (4) Para los ortodoxos, además de la muralla de prejuicios, y de la más impenetrable, de mentalidad y de merecida amargura por los desmanes de los "latinos", existe, como barrera difícil de franquear su distinta concepción de la Iglesia. Para ellos la unidad de la Iglesia no requiere la subordinación y sumisión de todas y cada una de las iglesias o grupos a una cabeza única, el sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, sino que se constituye más bien por la "comunión" mutua de las iglesias, o de cada una de las iglesias locales; esto es por la concordia en la fe, en "los misterios" (sacramentos) y en cierto sentido de fraternidad. No existe una autoridad moral sobre todas ellas, organizadas más bien a base nacional.

Entre los protestantes y nosotros la muralla es más resistente, y la distancia mayor, aunque la misma mentalidad occidental nos los aproxime, por lo menos aparentemente, más. El reconocimiento de Cristo como Dios y Salvador ha sido hasta ahora la única base admitida por

todas las iglesias pertenecientes al Consejo ecuménico. Una fórmula trinitaria, a pesar de los esfuerzos de los ortodoxos, no ha podido ser aceptada. Hay otro abismo entre el protestantismo y nosotros. Según la doctrina protestante no existe una autoridad en materia doctrinal, sino que cada fiel sigue la inspiración que recibe directamente del Espíritu Santo. No se da, pues, una autoridad que pudiera obligar en conciencia a sus seguidores a aceptar eventuales acuerdos entre sus jefes y la Iglesia católica. Además el pluralismo de las denominaciones hace muy difícil los contactos con la fuerza monolítica del catolicismo.

El puente de la caridad y de la oración mutua, como se hace estos días de la Semana de oración por la Unidad, pueden salvar muchos obstáculos, y apurar la intervención del Señor, "pues sólo El puede desenredar los hilos de este intrincado embrollo histórico".

Razones para esperar

Así concluye M. Villain su sugestivo libro "Introducción al Ecumenismo" (5) y aduce abundantes pruebas que iluminan nuestra confianza. Pero si no fuera más que este bullir de las aguas, esta santa inquietud de la unidad, espina dolorosa clavada en el corazón de los grupos cristianos, no bastaría también? Algún milagro grandioso está incubando el Espíritu Unificador y Vivificador sobre estas aguas agitadas. Eric de Saussure, de la Comunidad de Taizé, ha pintado un impresionante icono del santo rostro del Señor, que parece extraído del santo Sudario. Faz bendita abofeteada por los suyos, que con sus inmensos y hondos ojos, como abismos, nos lanza este reto angustioso: "Tengo que continuar así, dividido?" "Quiéranlo o no, son nuestros hermanos, dice en su Encíclica *Ad Petri Cathedram* S.S. Juan XXIII repitiendo la hermosa frase de S. Agustín. Dejarán de ser hermanos nuestros, cuando dejen de decir: Padre Nuestro". El Padre los quiere en la casa. Calentemos el hogar para la vuelta, y hagamos sitio esperando y orando.

JUAN M. GANUZA, S. J.

(3) *Ecclesia*, N.º 996, 13 de agosto de 1960, pag. 14.

(4) *Ecclesia*, 17 de diciembre de 1960, pag. 11.

(5) M. Villain. *Introduction a l'Ecumenisme*. "Eglise Vivante" Casterman, 1958